

Dios á esta obra material, y aun grosera, respecto de otra obra, toda primores y excelencias, como obra toda suya; suya porque él mismo se la preparaba para sí mismo, ostentando en ella todo el poder de sus manos y toda la vehemencia de su cariño, decid, decid; cual sería su saludo, aquel saludo primero en que veía como obligada y comprometida la santidad de su honor, y el honor de su palabra; de aquella palabra siempre llena y poderosa con que criando á su María la saludaba, y saludándola la criaba, y la criaba y saludaba como ya enagenado de cariño; cariño que en ese instante derramó á torrentes en espresiones inefables toda la Trinidad Beatísima: así es que el Padre la llamaba Hija, el Hijo Madre, el Espíritu santo Esposa, y todo Dios, mi única, mi escogida, mi electa, mi amada, mi. . . y ved ya señores desde este elevado punto toda la hermosura y candor que demandaba la concepcion de esta criatura predestinada á tanta dignidad y grandeza, que á no ser obra de Dios, ni aun pensarse pudiera, pues ella me parece como un limitado y pequeño mapa en que el mismo Dios quiso diseñarnos su gloria, y me parece que sí Dios Omnipotente fuese capaz de fatigas, en ninguna lo creería más cansado, que cuando me lo figuro empeñado en crearse para sí una santa Madre, y me lo figuro abriendo los tesoros eternos: sí, todos los Cielos, y cuanto en ellos hay de mas raro y esquisito, de mas aprecio y valia, concurría en la inocente hija de Adán, á vestirla y adornarla, con todo el lujo de un tálamo para su esposo, con toda la magnificencia de un trono para su Rey, con todo el amor de una madre para su hijo, con toda la ternura de una Virgen y toda la pureza de una María, y María digna solo de ser Madre del que es digno de ser su Hijo: *digna digni*, dijo Richardo; pues bien si el Hijo verdadero de Dios verdadero, ha de ser carne de su carne, y hueso de sus huesos, sea su carne una carne exenta y bendita; una carne pura y santa, pues que ha de vestir al que por naturaleza es santo: sea su cuerpo tan equilibrado y

perfecto, cual conviene y es decente para servir de templo vivo de Dios; y su alma sea una alma tan noble y superior, tan elevada en santidad y distinguida en perfecciones, que se vea en ella á primera vista la faz divina, como en un pequeño y perfecto retrato, y al efecto, él mismo calienta primero con su aliento divino la atmósfera que la ha de recibir; su amor le forma los pabellones en que ha de habitar, y su poder omnipotente la circunda como un anillo, ó un baluarte, que defienda sus primeras respiraciones, y ya todo así previsto, y prevenido así; María es concebida; pero concebida como su Hijo, y su Dios lo ha querido, levantándola á un rango de gracias, privilegios y excenciones, hasta entonces no conocidos, como que hasta entonces no se veía de hecho lo que Dios había preparado, dignificándose á su propia Madre; mas ¿cómo sea esto? he aquí todo el misterio. *Ecce Mystrium vobis dico*; misterio que nació con la iglesia misma, y sostuvo nuestra piedad, hasta hoy, que tan gloriosamente lo celebramos objeto de nuestra fé; mas, si ya lo creíamos, ¿qué aumentamos creyendolo ahora?

Mirad oyentes: es verdad que ya este misterio lo creía nuestra piedad, y escitaba nuestra devocion; pero lo creíamos por nuestro propio juicio, que no teniendo aún el candado de la fé, lo teníamos como un tesoro espuesto á todo peligro, y sin aquella firmeza y seguridad, que es su mejor garantía; antes, carecia de toda aquella perfeccion que tiene el mérito de la fé, porque fundándose en nuestra propia voluntad, venia á ser como una oracion sin ofrenda, ó mas bien como una ofrenda sin sacrificio, mejor dicho: como un sacrificio, que no habian presentado aún las manos sacerdotales, únicas de quien Dios quiere recibir las víctimas solemnes: mas ya pasaron aquellos tiempos, cual triste invierno: ya cesaron las disputas, cual nube que deshizo el viento, y se dejó ver la verdad con toda la hermosura de una primavera, hija de un cielo grato y apacible: ya amaneció el dia feliz,

en que él célebre Pio IX habló, y á su palabra indefectible, todo el orbe cristiano se postra adorando á Dios en María, como en la singular belleza en que quiere ser adorado y glorificado, pues en ella ha puesto sus complacencias: ¡Ah! Dios le diria á su María en estos instantes con inefable placer „*surge, prospera; amica mea, et veni*: levántate, date prisa amada mia, y ven, ven, á recibir esta nueva y accidental gloria, que yo mismo te habia preparado: ven, y mira desde mi propio sôlio á los humanos: mira ese pontífice que inspiro, y que es en verdad lo que lleva su nombre, es pio: es aquel Juan María Masthai, que te sirve con amor, y tú cuidas desde niño: mira ese cúmulo de creyentes, que me adora, honrándote, y me honra, suplicándote; míralo pues como tuyo, porque tuyos son los que anhelan tu gloria, como tú ¡oh María!, eres toda mia, con una posesion perfecta; desde el principio de tus pasos; desde el origen de tus caminos; desde que fuiste ideada en mi mente eterna, y he aquí á nuestra María con toda aquella investidura y ornato con que Dios quiere que la adoremos. ¡Gran Dios!, nuestra mente se confunde; nuestra alma se conturba y todo nuestro ser se conmueve y zozobra en un oceano de placer, de júbilo, de gozo: bendito seas ¡oh Dios de bondad infinita!, porque creándote así á María, has levantado nuestra humana naturaleza á tanta beldad y hermosura, á tanta grandeza y dignidad: bendito seas porque, has ampliado el círculo de nuestra fé, de modo que ya nadie te podrá adorar dignamente, sin confesar este sublime y tierno misterio: bendito seas; sí, bendito seas, y sea este misterio tu mejor alabanza.

En verdad oyentes, que ya desde esta época gloriosa, todo creyente queda entendido, que la Concepcion de Maria, no puede ni aun pensarse, sin pensarse adornada y cualificada con aquella gracia que le fué tan peculiar á su ser natural en aquel instante; en que lo mismo fué existir Maria, que estar llena de gracia; de suerte, que, quien dice Maria, dice pureza, inocencia, santi-

dad; por don, por favor, por gracia: exencion, inmunidad, preservacion, y tambien decís: propiedad y posesion de toda aquella justicia, virtud y caridad, con que Dios enriqueció á la única criatura humana, que no naufragó en el diluvio universal de la culpa, á semejanza de aquella arca misteriosa que se elevó sobre las aguas, para poner á salvo á Noé, figura de Jesucristo: éste, éste es todo el fundamento de su exaltacion, y el que lo haya declarado así, como dogma espreso de nuestra fé la Santa Iglesia, es lo que hoy forma todo nuestro gozo; pues ya creemos, y lo creemos con fé, y con fé divina, que los méritos previstos de Jesucristo, le trajeron como en arras, al primer instante de su ser, justicia perfecta, pureza sin mancha, union con Dios, autoridad en el Cielo, potestad sobre el infierno, soberanía universal, independenciam del pecado, plenitud de gracia. ¡Oh, que rasgos de magestad y de gloria, presenta hoy á nuestra fé este misterio: trasemos sobre este alto monte la nueva senda que nos llevará á ver la grandeza y la gloria de María en Jesucristo. En aquella union, que, segun San Agustin, de hecho la hace de una misma carne y sangre, con la carne y sangre de Cristo, esto es bien claro, por que como el hijo humano no puede representarse sin madre, Jesucristo, en fuerza de su verdadero ser humano, no puede concebirse sin Maria: como el hijo es una porcion de la madre, Jesucristo, en cuanto hombre, es una porcion de María, y María puede decirle con verdad. „¡Oh Dios y hombre verdadero! tú eres mi hijo muy amado á quien concebí en la plenitud del tiempo, con tanta verdad: como vuestro Padre celestial os engendra por toda la eternidad en el esplendor de los santos;” y nada menos que para toda esta dignidad y grandeza, es la Madre que se crió, haciéndola así, como una capacidad propia, para difundirse fuera de sí mismo, comunicándose á ésta su criatura en torrentes de poder y cariño; sí, cual vaso de oro brillante, propio para guardar en él, con dignidad y decoro, los comedidos obsequios

de un hijo Dios, hácia su muy buena y santa Madre, *quasi vas auri solidum, ornatum omni lapide pretioso.*

Luego Maria es una Madre, cuya fecundidad misteriosa tiene la mas perfecta analogía y semejanza con la de aquel padre: que si él engendra al Verbo de su propia sustancia, Maria lo concibió de su propia sangre: si el Padre lo engendra por el perfecto conocimiento de su inefable grandeza, Maria lo concibió por la humilde confesion de su nada: si el Padre lo engendra de un modo incomprendible, Maria lo concibió de un modo milagroso: si el Padre lo engendra en todo igual á sí mismo, Maria lo concibió semejante á ella misma y á su Padre. ¡Gran Dios! ¡que prodigios! ¡que misterios! ¡que elevacion! ¡que dignidad! dignidad, que al mismo Dios honra y glorifica, y lo glorifica y lo honra de una manera tan propia y singular, que es la única en que Dios, como Dios, se encuentra sobre la tierra dignamente honrado. En el momento mismo en que Maria concibió al Verbo de Dios en sus entrañas purísimas, Dios no es solo Dios del cielo y de la tierra, es decir de débiles criaturas; sino que su dominio se extendió con una perfeccion infinita, por que siendo Jesucristo segun la humanidad, menor que el Padre, el Padre es por espresarme así, Dios de Dios, puesto que su hijo consubstancial, puede decirle, en cuanto hombre, lo que realmente le dijo en aquel énfasis de la cruz. „Dios mio, Dios mio,” y esta gloria, y este título de infinita grandeza, solo podia recibirlo de un súbdito de dignidad infinita; súbdito que vino á serlo, viniendo de una maternidad divina, y esta maternidad es la de Maria, y Maria es aquella Virgen Madre, que dió á Dios, en su bendito hijo, lo sumo de su imperio, dándole un hombre Dios, igual á Dios, como Dios, é inferior á Dios, como hombre: luego, ¡quién es Maria, como Madre de Dios?: decidme primero para responderos, ¡qué es Dios?, pues bajo este aspecto, ni Maria misma se comprende á sí misma; solo Dios sí, y Dios solo sabe medirla con esactitud y com-

prenderla con perfeccion, y en comprenderla y medirla, tiene su gloria; gloria única, como es única la dignidad que no comunicó sino á su agraciada, á su electa, y escogida Madre Maria Santísima. Sean, pues, en buena hora los ángeles, sus embajadores; los profetas, sus pregoneros, los patriarcas, su figura; los reyes y jueces de Judá, sus ascendientes: los... pero, ¡á que es cansar, cuando Maria, mas feliz, mas dichosa y mas favorecida que toda otra criatura, ha sido siempre el dulce objeto de sus empeños, de sus afanes, de sus esmeros: perdonad este lenguaje impropio si se quiere; pero no puedo significar de otra manera, sino es con trabajos y cuidados, todo el amor que Dios manifiesta, engrandeciéndola prodigiosamente á esa Virgen, cuyo seno luminoso ha venido á ser en cierto modo, como el del Padre eterno y celestial, concibiendo con toda verdad al mismo Verbo en sus castísimas entrañas. Ahora sí, ya nada nos sorprende, y confesamos de voz en cuello, que fué muy decoroso y conveniente que acatasen á esta singular criatura todas las leyes comunes de la naturaleza, viéndola en su creacion con mas respeto y deferencia que el fuego devorador á la zarza de Moises; que las aguas del mar-rojo á la presencia de Israel, y que las corrientes del Jordan á la misteriosa arca del Testamento, figura espresiva de Maria Santísima, animada arca del Dios vivo: arca animada de Dios y para Dios, y que sin Dios no puede concebirse; ni idearse puede, sin toda aquella gracia original, que como á Madre del Verbo le era necesaria, si necesaria y nunca mas necesaria que en aquel momento dichoso, en que todo fué simultáneo: ser Maria, y serlo en Dios mismo, para Dios mismo y con Dios mismo: ¡ah!, ser de Maria, existencia de Maria, ser amable y precioso, ser misterioso é inefable: yo te adoro, y adoro en tí, aquel ser inmenso, que ocupándote te anima; animándote te santifica, y santificándote te cria con toda aquella esplendidez y profusion, que no serán capaces de espresar ja-

más, ni los siglos, ni las sociedades, ni las ciencias, ni la literatura, ni la poesía, ni todo lo grande y asombroso que existe fuera de Dios, pues solo á Dios le es propio decirlo, y solo Dios puede dignamente alabarla, así como lo mas perfecto, raro y singular; lo mas hermoso y peregrino que en el órden de pura criatura, ha salido de su poder. Señores: ¿creeis que he escagerado? ¿creeis que digo mucho? ¡Ah!, pues leed las letras apostólicas de nuestro Santo Padré, y allí vereis que aun soy escaso, diminuto y miserable en mis elogios: que aun no digo nada en su loor y alabanza. ¡Buen Dios! ¿pues qué dire yo hoy á María, que algo diga? Habla santo Dios por mi boca, y déjame decirte: que bien puedes criar un cielo mayor y mas hermoso: un mundo mas lleno de maravillas que el que admiramos: unos astros mas brillantes, que los que bordan esas vóvedas celestes; pero... señores, ¿lo diré? sí, lo diré, y lo diré para gloria de su mismo autor, y mientras lo pronuncio; cantad himnos y víctores supremos al Criador de tanta hermosura, quien ya se complace y gloria de ver como agotado su poder en esta su sin par belleza, y él mismo se aplaude, y se celebra así mismo, al oirme decir: que jamás pudo criar una Madre, ni mas pura, ni mas perfecta, ni mas santa y agraciada, que su María: todo cuanto hay en el Universo creado, es menos que esa niña sin igual, y allá en los Cielos, solo su artífice supremo, sobrepuja á esta obra maestra y colossal de su omnipotencia ¡María! ¡María!: tan exelsa, tan pura, tan amable, tan celestial, y tan linda. ¡Gran Dios!, ¿que no pueda yo describirla?, ¿que no pueda, ni aun dignamente alabarla?: no, no es posible, ¿porqué?, porque tiene María cierto carácter de grandeza y superioridad infinita, elevada en cierto modo hasta la divinidad misma: ¿cómo?, como un misterio que Dios veló allá en las altísimas reservas de su voluntad soberana, y que á nosotros no nos es dado entender, y ni aun dignamente alabar, ¿porqué? porque si no tenemos idioma para de-

cir lo celestial y divino, ¿cómo podriamos encomiar lo misterioso è inefable?: es verdad. Vosotros, pues, ángeles del Cielo, entonad cánticos; cánticos de amor y alabanza; cánticos que la aclamen Reyna, que le digan Señora, que la anuncien Madre; cánticos que la celebren Purísima, inocentísima, santísima; cánticos de gloria y gloria inefable; y vosotros, fieles, ved esa niña preciosísima, y entended que esa imágen sacrosanta, representa toda aquella María, Madre verdadera de un Dios, que es su verdadero Hijo, y como su Hijo y su Dios, lo vereis que á su virginal presencia no es mas que un Dios de amor y cariño, y por eso él mismo, y no otro, la engrandee, usando de los títulos mas pomposos y elevados, como el de Reyna de todo lo criado; y cuando la pinta, pone los colores mas vivos, tomando tintes de luz, como el Sol, la Luna y las estrellas; y cuando la viste, la adorna y engalana con tesoros, como el oro, la plata y todo género de piedras preciosas; y cuando la figura y representa, escoge lo mas signifiante y misterioso, como la zarza de Moises, la vara de Jesé, y la arca, y el templo, y... y cuando la compara apura lo mas agradable al gusto, como la leche, el vino, la miel y las mas dulces frutas; y cuando la defiende, él mismo es su escudo, y usa del trueno, del rayo, y de la muerte; y cuando le habla, ¡ah!, habla la misma suavidad y amor; mi amada, mi paloma, mi jardin, mi retrete, mi...; pero como á su enamorado dueño, nada le basta para elogiarla, y pareciéndole que las palabras se quedan siempre abajo de la realidad, y queriendo decir lo que ella es, y manifestar su hermosura, toma luego al efecto, un sentido enfático y misterioso; y como si él mismo se admirara al ver su belleza, le dice enternecido „¿que hermosa eres amiga mia! ¿que hermosa eres! Oyentes: mirad á la Inmaculada, y entended, como de nuevo, que esa Vírgen Purísima, es hija de Adán; es de nuestra naturaleza y linaje: es nuestra hermana; nuestro gozo, nuestro consuelo, y toda nuestra esperanza; es María, la que jamás podrá ser bien a-

labada, sino por el mismo Dios, que se reservó así el misterio de alabarla dignamente. *Ecce mysterium vobis dico.* He aquí el misterio; pero misterio en que el corazón se revienta de ternura, y al venerarlo en esa santa imagen, ni las lágrimas, ni los suspiros, ni las voces son bastantes para decir lo que sentimos: sumergidos pues en gozo y placer, nos volvemos á tí; ¡Oh Dios Salvador!, para tributarte en honor de la Concepcion Inmaculada de tu Santa Madre este elogio, que cual flor inmarcesible te ofrecen hoy por mis labios los abogados zacateanos: acompañadlo, pues con afecto. Bienaventurado y mil veces dichoso, aquel vientre virginal que Dios se reservó y se salvó, para salvarnos á todos: *Beatus venter qui te portavit:* felices, felicísimos, mucho mas allá de lo que la lengua sabe espresar; aquellos castísimos pechos, que dieron la sangre preciosa que nos redimió *et ubera quæ suxisti.* Recibe, ¡Oh buen Jesús!, estas palabras, siempre gratas, y siempre dulces: guárdalas en el seno de tu bondad infinita y en la hora de nuestra muerte, dignate mirarlas, como la protesta de nuestra fé; como la invocacion de tu misericordia, en la cual siempre seremos salvos. FIAT. FIAT. AMEN; ASÍ SEA.



CATECISMO

SOBRE

EL PROTESTANTISMO

PARA USO DEL PUEBLO,

POR EL

Padre Juan Perronne,
DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

Traducido del italiano de la segunda edicion romana y vigésima primera de la obra por T. B.

Hæc scripsi vobis de his qui seducunt vos
I. IOAN. II, 26.

GUANAJUATO.—1876.
Imp. Económica.